

V.

Pocos momentos después y ya cuando el guerrillero había vestido á Enrique y tendídole en una mesa del cuerpo de guardia, llegó Don Serafín.

Detúvose en la puerta, contempló el cadáver de su amigo, y vió á Pablo Martínez en un rincón de la pieza velando el cuerpo de Enrique.

Entonces el infeliz joven rompió á llorar como una mujer.

Perdía al mejor de sus amigos, al más querido de sus compañeros.

Todos los sueños, todo el mundo de ilusiones que habían forjado en el turbióñ revolucionario.

Se quedaba solo en sus horas de infortunio desaparecían para siempre, se desvanecían ante aquel cadáver ensangrentado.

Don Serafín recibía el primer desengaño y ya en los momentos en que todo auguraba un próximo triunfo.

Los compañeros llegaron después con la caja hecha por los carpinteros de la fábrica de Hércules.

Unos soldados hacían la guardia al jefe republicano muerto en el campo de batalla.

Hay seres que hasta en la muerte les alcanza la desgracia.

Florentino Mercado desapareció de entre los cadáveres sin saber quién lo había recogido.

Peña y Ramirez corrieron la misma suerte.

En vano sus amigos han buscado un sitio para levantar un monumento, ni una cruz ha podido colocar la piedad cristiana.

Se ignora el lugar donde esos mártires duermen el sueño eterno.

Pero queda un campo lleno de recuerdos gloriosos, una fecha que arroja el nombre de los héroes de ese día, y unos muros derruidos y salpicados de sangre.

Esos muros se llaman "La Casa Blanca."

¡La fecha es el 24 de Marzo de 1867!



CAPITULO DUODECIMO.

LA MARTINICA.

I.

El sitio de Querétaro se había estrechado y día á día se libraban encuentros y se empeñaban combates parciales.

Porfirio Díaz había llegado al frente de Puebla y ocupaba el perímetro de la ciudad, sin dar tregua á los imperiales, que se sentían ahogar en un círculo de hierro candente.

Márquez había llegado el 27 de Febrero é ignoraba la acción de armas del 24.

Se anunciaba á la imperial ciudad como lugar teniente de la monarquía mexicana.

El advenimiento al poder del asesino de Tacubaya, tenía consternada á la ciudad, que juzgaba de mal agüero este acontecimiento.

Inauguróse Márquez con la imposición de un préstamo forzoso para socorrer á la división de 5.000 hombres que debía conducir personalmente al sitio de Querétaro.

Entretanto se hacían los preparativos para la marcha, se mandó poner en todo su vigor la circular de 3 de Octubre para reprimir los conatos revolucionarios que ya se dejaban sentir en el mundo político.

Las prisiones estaban á la orden del día, y la autoridad política encargada, á O' Horán, tenía más ojos que los animales del Apocalipsis.

Se desconfiaba de los más ardientes partidarios del imperio; las casas y los ciudadanos se vigilaban tenazmente, deseando dar un espectáculo de sangre para moralizar á una sociedad que había perdido su fé en los hombres y las instituciones,

No se respetaba ni á los extranjeros.

Márquez sabía que el ejército francés no regresaría de sus transportes para defender uno de sus nacionales, cuando los dejaba á merced de la revolución triunfante.

II.

Entretanto, el señor de Fajardo llevaba algunos días de estrecha comunicación en la Martinica.

La *Martínica* es una prisión provisional, establecida como estancia de los reos durante su declaración preparatoria.

La cárcel está situada á un costado del Palacio Municipal, teniendo entrada por el callejón de la Callejuela.

Los reos consignados á la autoridad francesa ocupaban el edificio, y de allí provino el que se le llamase la *Martínica*.

En uno de sus calabozos fué encapillado Nicolás Romero y sus compañeros de patíbulo.

Todas las mañanas, un grupo de gente esperaba ver salir á los sentenciados.

La proximidad de este espectáculo, ó el introito, por mejor decir, era la llegada de los ataúdes, que formaban parte del séquito terrible, acompañaba al reo hasta el lugar de la ejecución,

Hubo desgraciado que á la presencia del ataúd, que debía conducir sus despojos, perdió el valor y cayó sin sentido.

Ese espectáculo llegó á hacerse familiar, como el de la guillotina en la revolución francesa.

De la *Martínica* salía el tren de la muerte á Mixcalco ó á la plazuela de Santo Domingo.

En uno de los costados de la iglesia hacían arrodillar á los reos, y su sangre salpicaba los muros del templo.

Hace muchos años que la sangre mancha esos sagrados lugares, y que delante de los cadáveres mutilados, las campanas de aquellas torres profanadas, tocan á vuelo sacudidas por las manos de los frailes en su embriaguez de triunfo religioso.

Nada extrañamos, cuando Pío IX ha tornado los aposentos del Vaticano en fábricas del fusil Chassepet.

En México han desaparecido los frailes, los conventos y los soldados franceses.

En Roma quedan los frailes y el Pontífice, apoyado en las bayonetas de Napoleón III.

¡Aun no ha sonado la hora de la Italia!

III.

Al señor de Cantoya se le había encarcelado, y por vía de providencia precautoria, el teniente Estrada estaba en un calabozo para probar la denuncia.

La mañana del 2 de Abril los cerrojos del diplomático se corrieron, y el fiscal se presentó con dos escribientes para la práctica de una diligencia.

El fiscal era un viejo raquíptico, medio lazarino, con la barba y nariz granugienta, ojos pequeños, cabeza diminuta adornada con una cachucha de inválido.

Llevaba el fiscal una levita azul, grasienta, con botón de águila, y un pantalón blanco, de lienzo, con quince días de uso, botines viejos de cuero de becerro, y un bastón con borlas.

El fiscal se llamaba Don José María Vasconcelos.

Don Modesto estaba muy cambiado: su barba comenzaba á crecer, y la sangre había acudido á sus párpados.

Tenía una fisonomía apoplética.

—¿Don Modesto Fajardo? dijo el fiscal.

—A la orden de usted, señor fiscal. ¿En qué puedo servir á usted?

—Vengo á que reconozca usted su letra, para que procedamos al careo.

—¿Al careo con quién?

—Con un tal Cantoya y un tal Estrada.

—¿Conque el señor Cantoya está preso?

—Sí, respondió el viejo; vea usted la carátula del proceso. "Modesto Fajardo y socios, por complicidad con los bandidos."

—Señor fiscal, esa carátula es sumamente ofensiva á mi dignidad.

—Ya lo creo, como que si no se *descargan* los *truenan*.

—Caballero, yo me *descargaré* antes de que me *truenen*.

—¿Conoce usted esta letra?

Don Modesto examinó el papel en que había puesto *santo* y *seña*, que entregó al teniente Estrada.

—La ¿conoce usted? insistió el fiscal.

—Se parece algo á la mía.

—Asiente usted que el reo dijo, después de meditarlo tres minutos y poniéndose demudado, que aseguraba que era suya.

—Permita usted, caballero, yo no he dicho tal cosa, ni lo he pensado tres minutos.

—Ponga usted, dijo el fiscal, que no se retificó en lo dicho.

—Si no lo he dicho.

—El fiscal no miente, y tiene la fé pública. --Añada usted que insultó á la autoridad.

—¡Caballero! yo no tengo más armas de defensa que mis palabras.

—Escriba usted, escriba usted aprisa, que el reo dijo que si tuviera armas las usaría en contra del fiscal.

—¡Esto es horrible! exclamó el diplomático.

—Y que el juez era horrible.

—¡Hombre, me van ahorcar con semejante declaración!

—Yo no hago constar sino los hechos.

--Vea usted, señor fiscal, se me va á seguir un perjuicio horrible; yo tengo intereses, y sobre todo, yo quiero hablar á usted sin testigos.

—Salgan ustedes, dijo el viejo sátrapa á los escribientes. Ignoramos lo que pasó entre el reo y la autoridad, que al cuarto de hora hizo reponer la declaración, de la que quedó satisfecho el diplomático.

IV.

El señor de Cantoya y el teniente Estrada comparecieron, para practicar el careo.

Cantoya no podía articular una palabra.

—¡Señor fiscal! dijo el esposo de Doña Efigenia antes que el gangoso hubiera comparecido, guárdeme usted este reloj y esta cadena de oro, aquí con la humedad se echan á perder.

Es buena pieza, dijo el fiscal lamiéndose los bigotes color de naranja.

—¿Le gusta á usted esa repetición?

—Es muy buena.

—Pues hágame usted el favor de tomarla.

—No, no, me tendrían por parcial.

—Señor fiscal, dijo con énfasis el diplomático, la conocida integridad de usted lo pone á salvo de las murmuraciones.

—Es cierto eso, respondió el viejo.

—Pues acepte usted ese pequeño obsequio.

—Mil gracias, caballero, sólo por no desairar á usted.

Y se embauló el reloj sin que lo percibiera el teniente Estrada, que llegaba en aquel momento entre dos gendarmes.

—Teniente Estrada, diga usted lo que hablaron la noche del 12 en la casa del señor Fajardo.

—Los señores me convidaron para pronunciarnos en contra del gobierno de S. M. el emperador.

—El señor miente, dijo Cantoya, el fué quien nos ofreció los barrios.

—Señor fiscal, dijo el gangoso, yo nunca he jurado pero por estas ocho cruces, (y enclavijó las manos) juro á usted que los señores me llamaron para ponerme al frente del movimiento.

—Señor fiscal, dijo Don Modesto, usted comprenderá que este hombre no puede ponerse más que al frente de un cirujano, para que lo opere.

—Y usted al frente de Escabese para que le tome medidas para una peluca.

—Orden, señores, prevengo á usted, señor Estrada, que no se propase.

—El señor me insulta.

—Yo, dijo Cantoya, siempre he sido partidario de la intervención.

—Su esposa de usted ha sido más.

—¡Caballero! gritó el de la Cantoya.

—No adelantándose nada en la diligencia, queda abierta para continuar mañana, dijo el fiscal; y puso comunicados á Don Modesto y á Cantoya, dejando encarcelado, vigilado y reencargado al infeliz Estrada.

V.

Doña Canuta, vestida de negro como Leonor en el cuarto acto del Trovador, se presentó en la Martinica.

El diplomático tomó el aire de Ot-lo.

Arodillóse Doña Canuta con ademán trágico, y prorrumpió en exclamaciones incoherentes.

—¡Fajardo!.....¡oh!.....¡ah!.....

—Bien, basta de exclamaciones; levántate y dime cómo está Luz, no he cesado de pensar en ella.

Doña Canuta se desentendía de las palabras del diplomático y continuaba en sus interjecciones.

—¡Mátame!.....¡mátame!.....yo no me levanto sin que me hayas matado!

—¿Y cómo te levantarás después de muerta?

—¡Mátame! ¡sepulta el puñal homicida en mi corazón!

—No, no lo haré, porque me extrangularían estos rinocerontes.

—¡Ahórcame al menos!

—¿Pero qué intentas?

—Yo soy la causa de tu prisión, yo, yo esa infame.

—¿Tú?.....¿tú?.....habla, Canuta, me estás diciendo cosas imposibles.

—No lo son, esposa mía.

—Habla, con doscientos mil de nonios.

—Pues bien; hago lo que aquella dama, creación de Emilio de Girardín, en el *Suplicio de una mujer*, me denunció ante mi esposa.

—No te comprendo.

—Oyeme y tiembra.

—Estoy preparado.

—El desdichado teniente Estrada, ha concebido por mí una pasión insensata, y esto lo ha orillado á denunciarte.

—¡Infamia!.....¡infamia!.....así se abusa de un hombre, así se asesina á un diplomático.

—Cierto es que jamás se ha atrevido á declarar su amor; pero yo lo he comprendido.

La cosa varía de aspecto, levántate.

—Esta injuria mental me tiene preocupada.

—Pero, ¿tú le amas?

—¡Ay!

—¿Cómo ay?

—Es decir, yo no siento por ese hombre sino odio y desprecio.

—¡Bravo! ven á mis brazos.

Levantóse Doña Canuta y se estrechó al abdomen del diplomático, que se sintió sofocar.

—Aquí, esposa mía, aquí!

Doña Canuta, que tenía una tendencia decidida por el romanticismo, continuó con acento cómico.

—Los hombres!.....los monstruos!..... los fenómenos!..... los.....

—Canuta, ya cheché al fiscal con ciento veinte y tres pesos, y estoy salvado.

—La balanza de la justicia se inclina con pesos de oro.

—Es cierto, y con relojes, porque Cantoya ha sacrificado el suyo en aras de la fiscalía.

—Luego el teniente será la víctima?

—Sí, esposa mía.

—Es necesario salvarlo!

—No seré yo quien me oponga; pero te advierto, que el no tiene ciento veinte y tres pesos ó un reloj de oro, no saldrá de la Martinica.

—Yo me compadezco de ese miserable; Fajardo, sé generoso.

—Sí lo seré yo lo perdono!

—Con el perdón tuyo poco logrará el desgraciado, se necesita de tu liberalidad

—Liberalmente lo perdono.

—Es otro el negocio; se necesita dinero.

—Tendrá alguna buena firma?

—Hombre la generosidad no tiene precio.

—Es cierto; pero el dinero corre al siete por ciento mensual.

—Préstale esa suma á tu antiguo ayudante.

—Yo lo desconozco; él no me ha ayudado sino á llevarse el espadín y el mosquete ajeno, y á traerme á la cárcel.

—Perdónale!

—Que más he de hacer que perdonale gratis?

—Y si te lo pidiera en nombre de tu hija?

Mira, Canuta, en nombre de mi hija Luz, saco del purgatorio á cuantos Estradas hay en el mundo.

—Te tomo la palabra.

Don Modesto, á pesar de sus ridiculeces, se sentía dominar por aquel cariño; amaba con delirio á su hija, y tenía razón.

—Que dice mi Luz?

—Ha llorado por tí á todas horas, no he visto mucha más falta de ánimo.

—¿Conque ha llorado? esa sí que tiene una alma de ángel, un corazón que.....vamos, yo estoy cada vez más orgulloso de mi hija; daré los ciento veinte y tres pesos por el teniente, ya me los pagará cuando tenga; además, no quiero que insista en su denuncia.

—Gracias, Fajardo!

—Cómo, gracias? tú te interesas demasiado por ese belitre.

—Modesto!.....dame tu mano.

—Aquí está mi mano.

—Ponla sobre mi corazón.

—La pongo.

—¿Sientes?

—Siento.

—Pues nada quiero añadir.

—Es mejor que no añadas, quedo enterado y convencido

VI.

Doña Efigenia, sabedora de que su esposo estaba comunicado, se presentó en la Martinica vestida á la francesa.

Llevaba un túnico de gró moaré con recojidos, un sombrero de paja lleno de cintas y de flores atado con un lazo rojo, un saquito de avalorios dejando ver su abominable cintura, botitas y guantes verdes.

Donde está el *malficieux*?

—Ah! dijo el diplomático, ¿usted por aquí?

—Sí yo tengo que venir á ésta *prisonnant*, por buscar á Cantoya.

—Cantoya.....señor de Cantoya! gritó el de Fajardo. Su compañero se presentó en el calabozo.

—Cómo vamos, Efigenia? dijo conmovido aquel hombre.

—Yo soy toda buelta, mas sin, embargo, no podía ser tranquila sin ti.

—¡Gracias!.....¡Gracias!.....

—Yo estoy obligada de ver al *survillán*, para que me permita de pasar á verte.

—Ya estoy comunicado y puedes venir á todas horas, te necesito mucho.

—Yo soy toda á tí.

—Era bueno que habláramos en español.

...Yo tengo el uso de la lengua francesa, y esto me hace *tromper* muy á menudo.

...Vamos á mi calabozo, allí estaremos mejor.

—¡Bien, vamos al *apartement*; señor Don Modesto, ó *plaisir de vous revoir!*

—A los piés de usted, señora.

— Esa Eugenia, dijo Doña Conchita es original.

La obesa dama, dando saltitos sumamente coquetos, salió al patio sonrió con dulzura al alcaide, y se entró en el *separo* para atormentar al infeliz marido con aquella jerga franco castellana.

CAPITULO DECIMOTERCERO.

EL 2 DE ABRIL DE 1867.

I.

Desde la noche memorable en que Porfirio Díaz, arrojándose por una de las ventanas de su prisión, escapó á la saña implacable de sus enemigos, la estrella de su destino apareció brillante en la aurora siempre clara de su horizonte.

El bravo general sorprendió á una pequeña guarnición, y por una sucesión de sorpresas, asaltos, duelos personales, combates y batallas, se presentaba frente con su ejército de 3, 000 hombres y 12 piezas de artillería al frente de la ciudad de Zaragoza, donde su nombre había alcanzado la inmortalidad en el inolvidable 5 de Mayo y en los gloriosos episodios del sitio de 63.

¡Miahuatlán!.....¡Oaxaca!.....¡la Carbonera y otros mil lugares, conservan el recuerdo del joven caudillo.

Porfirio Díaz ha hecho peregrinaciones increíbles por entre las montañas y la abrazada zona de la Tierra Caliente.

Alvarez le dió *doscientos* fusiles de chispa para que armase á sus primeros soldados.

El general sustituyó estas armas con las del ejército francés, quitadas en el campo de batalla, y devolvió al *Sur* sus fusiles históricos.

La revolución se levantaba omnipotente, y la juventud republicana se apiñaba en derredor del joven soldado, que llevaba sus banderas triunfantes protegidas por el ala siempre tendida de nuestras águilas.

II.

Puebla de Zaragoza es una ciudad que guarda la mayor parte de sus páginas sombrías de nuestras revoluciones.

Puebla es el álbum donde hay cantos heroicos y hojas sombrías ensangrentadas.

Esa ciudad unas veces ha sido el baluarte de la libertad y de la independencia, y otras el castillo feudal donde se han concentrado las ideas viejas y los monumentos de la barbarie!

La ciudad de Zaragoza es una plaza fuerte, toda vez que se fortifica.

Puebla es una ciudad cerrada.

Dos pequeñas eminencias le sirven de atalaya.

El mundo entero sabe cómo se llaman esas pirámides de roca, asiento de las glorias patrias, cifras de granito arrojadas en ese valle encantado, que sobrevivirán á los siglos y á las generaciones!.....

¡Gloria á vosotros, sagrados monumentos, regados con la sangre de nuestros hermanos!

¡Gloria á vosotros que conserváis las gigantes huellas del mártir del patriotismo y de la independencia!

Sobre vuestras rocas sacudió el viento de la victoria los estandartes de la patria!

Vuestra arena se tornó abrasante al recibir los rayos incandescentes del sol de Mayo, y á vuestras plantas rodaron mutilados los cadáveres de los invasores!.....

¡Salud! salud tres veces, campos de heroísmo! que el espíritu vivificante de la libertad se mezcla sobre vosotros y atraviese los celajes arrebolados de vuestro cielo; que el valor nunca desmentido de vuestros hijos lleve su espada vencedora y sus frescos laureles á los altares de la patria!

III.

El ejército republicano había alcanzado triunfos parciales, y conquistado puntos de alguna importancia en el perímetro de la plaza.

Las horadaciones continuaban á gran prisa, y de un momento á otro se esperaba el asalto por todos los puntos vulnerables de la línea.

Los defensores de Puebla contaban con una cantidad inmensa de municiones de boca y guerra. La artillería era supe-